

LA
LLAMA
DE LA
SABIDURÍA



JUAN FRANCISCO
FERRÁNDIZ

Valencia, finales del siglo xv. En una época en que la mujer era considerada un ser sin alma, una joven decide sacar adelante el hospital fundado por sus padres, ahora asediado por las deudas y por una misteriosa conspiración. En la opulenta Valencia del siglo xv, una joven mujer emprende su propia lucha para preservar el legado de sus padres: En Sorell, un hospital célebre por atender a los más desposeídos. Acosada por leyes injustas y por los poderes fácticos de la ciudad, ella pronto comprenderá que se enfrenta a algo más peligroso que la incomprensión o la intolerancia. Porque una sombra letal se pasea impune por la ciudad dispuesta a propagar la muerte entre quienes se atrevan a desafiarla, entre todos aquellos que conocen los verdaderos secretos del hospital y de la extraordinaria mujer que lo fundó.

Una novela ambiciosa y apasionante, llena de acción e intriga, que nos habla del valor de unas mujeres cuyo único pecado fue defender su dignidad en un mundo que las consideraba seres moralmente defectuosos... Seres sin alma.

A Clara,
hija de una larga estirpe de damas valientes y
luchadoras. No olvides el lugar que ocupas en el
universo ni la poderosa luz que pulsa en tu
alma de diamante.

A la memoria de la condesa Anastasia Spatafora,
encargada de los niños expósitos del hospital de
la
Santa Creu de Barcelona en los albores del si-
glo XV.
Por una fortaleza humana que el peso de los si-
glos
no ha logrado extinguir.

Debes saber que existe una razón muy especial por la que hemos venido, y que vamos a desvelarte: se trata de expulsar del mundo el error en el que habías caído, para que las damas y todas las mujeres de mérito puedan de ahora en adelante tener una ciudadela donde defenderse contra tantos agresores.

Pero yo, la verdadera Sibila, te anuncio que la Ciudad que fundarás con nuestra ayuda nunca volverá a la nada, sino que siempre permanecerá floreciente; pese a la envidia de tus enemigos, resistirá muchos asaltos, sin ser jamás tomada o vencida.

CHRISTINE DE PIZÁN,
La Ciudad de las Damas, 1405

«¿Tienen alma las mujeres?»

Así es como todo empezó, con esta pregunta.

Una cuestión que sólo es producto de la degeneración de consideraciones formuladas en la Antigüedad, cuando Aristóteles afirmaba que las mujeres eran hombres defectuosos o Platón creía que el alma de éstas alcanzaba la perfección si se encarnaban en varón. Calificada de putífera, portadora del hedor y la putrefacción, la mujer se hundía con el paso de los siglos en un légamo de desprecio y pecado.

*¿Eran aquellos pensamientos irrefutables? ¿Son ciertas las afirmaciones soeces de Boccaccio en su *De claris mulieribus* y las de otros tantos autores?*

Al igual que Aristóteles rebatió a Platón y san Agustín pasajes de escritos de aquél, son merecedoras de reproche tales ideas, y de este modo tuve la oportunidad de descubrir la «Querella de las Mujeres», un debate intelectual que enfrentaba a autores desde hacía siglos. De Hildegarda de Bingen o Heralda de Hohenburg a otros posteriores como Juan Rodríguez del Padrón, Teresa de Cartagena y María de Zayas, por citar algunos, rechazaban las tesis misóginas y replicaban que los vicios son una inclinación que afecta por igual a individuos de uno y otro género.

*Entre los querellantes destacaba por su acérrima defensa de la mujer Christine de Pizán. En su *Cité des Dames* levantaba piedra a piedra una ciudad imaginaria para ser habitada por grandes mujeres que, a lo largo de la historia, habían destacado en todos los ámbitos de la vida sin por ello obviar la esencia de su condición. Alentada por la Querella, pasaron por mis manos las memorias y los hechos de*

notables heroínas. Desde sabias hasta reinas, de santas a guerreras o sanadoras, y todas ellas merecen ser recordadas por resultar esenciales para la humanidad. Una tarea que, mi querida hija, deberás acometer con tesón e interés, pues cambiará el modo de enfrentarte a los avatares de la vida.

Tras años de paciente lectura, a aquella primera pregunta («¿Tienen alma las mujeres?») se sumaba otra: ¿qué nebuloso sendero nos condujo a tal estado de postración? Detrás de las puellae doctae, sabias excelsas, del valor de las amazonas y de los mitos sobre diosas y heroínas aparece un rastro sutil, ignoto y atractivo, como perlas dispersas, ocultas en un laberinto intrincado y misterioso.

La «Querella de las Mujeres» es una lid intelectual, pero hunde sus raíces en misterios arcanos, sepultados bajo el polvo de los siglos a causa de la ignorancia, el fanatismo y un intenso miedo.

Como si se tratara del enigma de la Esfinge, su respuesta requiere de una gran dosis de tenacidad y, sobre todo, de la capacidad de abrir la mente y deambular por sendas que pueden rozar lo herético y lo prohibido.

Dos caminos se abren ante ti ahora, hija. Uno es conocido: el que espera a cualquier mujer de buena cuna, respetuosa con sus progenitores, fiel esposa, madre y, por último, discreta y retirada en la viudedad. El otro es brumoso e incierto: es el que hollaron las mujeres que han dejado su impronta en la historia. No siempre se distinguen, pues el camino del héroe es interior, secreto, pero siempre determinante.

Sólo si estás dispuesta a asumir ese riesgo y a convertirte en el custodio de tales misterios podrás adentrarte en las siete lectionis que te conducirán a través del laberinto. Tu vida se verá iluminada entonces por otra claridad, aunque te advierto que su poder puede atraer tanto a criaturas de luz como de oscuridad.

1

Valencia, 10 de diciembre de 1486

—¡**A**hora debes empujar, niña! —ordenó la partera.

La luz de las velas distribuidas por la estancia brillaba en el semblante sudoroso de la muchacha. Tendida en el camastro estiró el cuello y contrajo las facciones haciendo un esfuerzo titánico. Lanzó un grito y se desplomó sin aliento sobre el lecho.

Desde la puerta de la habitación se oyó un jadeo ahogado, y la morisca, colorada, se volvió hacia la joven recién llegada, que observaba el parto con una mezcla de temor y emoción, aún con la capa oscura de viaje sobre los hombros.

—Bienvenida, Irene Bellvent. Contemplad el milagro de la vida.

—¡Fátima!

Irene se sobresaltó con el grito de una nueva contracción. La parturienta era una niña de quince años con el pelo grasiento y el rostro sucio y crispado por el dolor. Fátima fruncía el ceño mientras palpaba, provocándole alaridos.

—Por favor, secadme el sudor —rogó.

Irene pidió un paño de lino a una sirvienta y, nerviosa, enjugó la frente de la partera morisca. Las dos criadas que asistían el parto estudiaban con disimulo a la que sería la heredera del hospital. Con aquel simple gesto la joven demostró que seguía siendo la misma después de llevar tres años alejada de la casa.

Irene era la hija única del bachiller y *ciudadà* Andreu Bellvent, el propietario y administrador de En Sorell, uno de

los catorce hospitales abiertos en la próspera capital del Reino de Valencia, en la que habitaban más de setenta mil almas; unos eran regentados por la ciudad y otros auspiciados por nobles o burgueses piadosos. No obstante, salvo el De la Reina y En Clàpers —para enfermos de cualquier dolencia o heridos—, el de San Antonio —para aquejados de «fuego maligno»—, el lazareto de leprosos, el orfanato Dels Beguins y el de furiosos, llamado Dels Ignoscents, los restantes eran hospicios para peregrinos y mendigos con unos pocos catres que ofrecer, o bien acogían sólo a miembros de alguna cofradía o a clérigos. A pesar del continuo aumento de la población, entre todos estos hospicios y casas de salud apenas se contaba con doscientas camas para cumplir con el deber cristiano de atender a los enfermos.

En Sorell se fundó el último, treinta años atrás, sin distinguir entre menesterosos o dolientes, pues los físicos atribuían a ambos la misma causa divina y sólo diferían en los efectos y el paliativo. Pronto la buena labor de los Bellvent y sus médicos alivió el hacinamiento de los ingresados en los otros hospitales. Mientras tanto, el Consejo de la Ciudad demoraba la decisión de adoptar la propuesta planteada años atrás de fundar un Hospital General donde atender a un mayor número de enfermos sin la dispersión existente, fuente de dificultades y conflictos.

La carta que había motivado el regreso de Irene desde Barcelona explicaba que su padre estaba enfermo. Había llegado a Valencia con la caída de la noche, entrando por el Portal de Serrans justo antes del cierre de las puertas de la ciudad amurallada. Sabía que debía subir sin demora a las dependencias familiares, pero apenas hubo cruzado el portón del hospital oyó los alaridos desde la sala de curas y se contagió de la tensión que se respiraba. Era la energía palpitante de aquel lugar tal como la recordaba. Quedó atrapada observando el parto.

El pecho de Irene palpitaba con fuerza al ver las manos manchadas de sangre de la partera. El viscoso fluido la hizo

sentirse de nuevo en casa, pero ya no era la muchacha ingenua que marchó tres años atrás a Barcelona para recibir educación de dama burguesa bajo la tutela de la noble doña Estefanía Carròs y de Mur. Desde que tenía uso de razón, tenía la convicción de que En Sorell era su sitio. Los años y la distancia sólo habían acrecentado la certeza de que la lid contra las dolencias o la pobreza era su propia lucha.

Fátima volvió a introducir la mano y arrugó el entrecejo; algo andaba mal.

—¡Isabel, más luz!

La criada acercó una vela.

—Llamad a Peregrina, ¡rápido!

—Pero...

—¡La criatura no puede salir!

Irene confirmó la orden asintiendo. Su padre ya habría tenido noticias de su llegada, pero ansiaba ver de nuevo a la anciana Peregrina Navarro, una de las pocas mujeres que poseían licencia real para ejercer la medicina en toda la Corona de Aragón. Especialista en partos y dolencias femeninas, fue quien la trajo al mundo diecinueve años atrás y vivía en el hospital desde su fundación.

La anciana entró caminando apoyada del brazo de un apuesto joven.

Irene, que se había situado en un rincón para no molestar, se emocionó al ver a Peregrina. Desde allí no podía contemplar el azul intenso y profundo de sus ojos, que destilaban sabiduría y una intuición especial que algunos sanadores llamaban «gracia». A sus setenta años, la mujer tenaz y exigente que recordaba ya languidecía, pero se sentía aún la fuerza de su espíritu. Era respetada entre físicos y cirujanos del Reino de Valencia, aunque nunca recibiría honores ni sería calificada de maestra.

Luego observó con interés al joven que la acompañaba; debía de rondar los veinticinco años. Tenía las facciones delicadas y unos ojos profundos del color de la miel que irra-

diaban serenidad. El cabello le caía sobre los hombros en bucles oscuros.

—Es Tristán —le susurró Llúcia, una de las criadas, con una leve sonrisa—. Vuestro padre lo contrató hace un año como celador.

—¡Lavadme las manos! —exigió Peregrina, hosca. La orden evocó viejos recuerdos en la joven—. ¡Ya sabéis que antes de hacerlo, nunca se toca una herida!

Luego se inclinó con dificultad ante el lecho y palpó a la parturienta.

—Tristán, no te vayas y sujeta a la muchacha para que no se mueva.

—¿Un hombre presente en un parto? —inquirió Irene, estupefacta.

Peregrina se envaró y se volvió hacia ella.

—¿Irene?

Asintió, sobrecogida por el brillo intenso de los ojos de la anciana, pero no halló en su mirada el calor esperado ni vio formarse una sonrisa en sus labios finos y pálidos.

—Acabo de llegar de Barcelona.

—¡No debiste venir! —le espetó con sequedad Peregrina—. ¿Lo sabe tu padre?

La joven se disgustó ante la reacción inesperada. Nunca se había mostrado así con ella.

—Aún no lo he visto.

—Deberías subir, sin falta...

Iba a continuar, pero un grito agónico de la parturienta interrumpió la conversación.

—¿Por qué no da a luz en su casa? —siguió Irene, mirando a las criadas.

—Es una *fembra pecadriu*, prostituta en el Partit —explicó Llúcia, un tanto avergonzada—. En los hostales de la mancebía no está bien visto parir, pues espanta a los clientes. Con las primeras contracciones su rufián la ha abandonado en la Casa de les Repenedides.

Irene asintió, compasiva. Valencia era una ciudad de contrastes. Tras la ruina de Barcelona a causa de la guerra contra el rey Juan II hacía quince años, se había convertido en el principal puerto de la Corona de Aragón y vivía una época de esplendor visible en edificios en construcción como la Lonja de la Seda, signo de la prosperidad comercial, y ostentosos palacios de la nobleza rural cuyos miembros se instalaban en la ciudad junto a los de la alta burguesía formada por comerciantes y financieros que aspiraban a serlo, formando una verdadera corte de rivales pomposos. Con todo, también prosperaban lugares sórdidos como el Partit, un conjunto de callejuelas aislado dentro de la muralla que se había convertido en el mayor burdel de los reinos de Europa.

La inmoral actividad era controlada por el justicia criminal, encargado tanto de juzgar los delitos penales como de la vigilancia. Cada semana un médico revisaba a las *pecadrius* a costa del erario público para apartarlas del oficio en caso de estar enfermas. Se velaba por la salud de los ciudadanos, pero ellas malvivían endeudadas con sus caseiros y esclavizadas por rufianes a pesar de las prohibiciones de los fueros. Muy pocas acudían para cambiar de vida a la Casa de les Repenedides, cuya función se reducía a confinarlas durante la Semana Santa, por estar prohibido ejercer, y a recogerlas si estaban enfermas o preñadas. En Sorell era el único hospital donde se las atendía sin reparos.

Irene se acercó a la cabecera y acarició la frente de la muchacha. Tenía gravadas las marcas de la miseria en forma de cicatrices y hematomas.

—¿Cuál es tu nombre?

—Ana, señora —musitó jadeando.

—Yo me llamo Irene Bellvent.

—¿Sois la hija de Elena?

—Así es, pero ella murió el año pasado.

—Hay bondad y compasión en vuestros ojos. Seguro que no es cierto lo que dicen de vuestra madre... —Su mi-

rada destilaba temor—. Gracias por acogerme. Si es niña, se llamará Irene.

—¡Tiene estrechez pélvica! —gruñó Peregrina tras la exploración.

—Entonces las perderemos —sentenció Fátima.

Ana gimió desconsolada. Ignoraba lo que significaba aquello, pero no parecía nada bueno.

—¡Sacádmelo, por Dios, os lo ruego! —gritó desesperada mirando al techo.

—Irene, tranquilízala —indicó con serenidad Peregrina—. ¡No te preocupes, vivirás!

—¿Para qué darle falsas esperanzas? —adujo Fátima, sombría—. Mejor que encomiende su alma pecadora.

—Vamos a abrirla.

—¿Una cesárea? —La partera gesticuló; estaba espantada—. ¡Nacerá un hijo del diablo!

—Así lo afirman los físicos árabes, pero Ana es cristiana y la prioridad es sacar al infante vivo para bautizarlo. —Clavó sus intensos ojos azules en una sobrecogida Irene—. ¡Además, estamos en En Sorell, y trataremos de salvar también a la madre!

—Peregrina, vuestro pulso ya es tembloroso... —adujo Fátima, pálida.

—Lo harás por mí. Eres hábil, sabes coser con rapidez y precisión. Eso sí, debes lavarte antes.

—¿Lo habéis hecho alguna vez? —quiso saber Irene, sin aliento.

Peregrina levantó el rostro hacia la cabecera y la miró pensativa.

—Una vez, hace mucho tiempo... Entonces logré que la madre viviera, ¡y hoy también! Llúcia, ve al dispensario y trae la ampolla de vidrio azul del rincón. Isabel, necesito una navaja filuda y otra roma para el útero, bien limpias, muchos paños, hipérico, agua de eléboro y cloruro de mercurio. ¡Vamos, rápido!

Las criadas, desconcertadas, marcharon raudas y regresaron con todo aquello que la anciana les había pedido. Peregrina destapó la ampolla azul y un fuerte hedor inundó la sala.

—Es éter. Muy difícil de destilar. Es una mezcla peligrosa... pero un certero camino hacia la oscuridad.

Ana se retorció, dominada por el pánico, y Tristán la sujetó cuando Lúcia le aplicaba bajo la nariz un paño humedecido con el líquido. Se resistió hasta desvanecerse.

—Cada vez que se mueva, usad el éter. —Luego se dirigió a la atemorizada Fátima—. Debes hacerle una incisión de seis pulgadas en el costado izquierdo para no dañarle el hígado, donde reside el «espíritu natural». No hundas la hoja. Después corta el útero con la navaja roma. No vaciles en el momento de sacar a la criatura y la placenta. No respire ni tosas. Finalmente coserás enseguida el útero con hilo de seda.

—Pero los médicos desaconsejan hacer eso...

—Y por tal razón las mujeres en estos casos acaban desangradas. Hay que suturar ambas heridas, ahí está la clave. Es muy delicado, y la madre suele morir. Irene, reza por la niña y su retoño.

Ella acarició el rostro de la muchacha mientras observaba con pavor que el filo abría el costado y la sangre se derramaba hasta manchar el suelo. Peregrina, con gesto concentrado, acercaba sus manos a las de Fátima y susurraba instrucciones precisas acerca de cómo realizar el corte. Irene tuvo la absurda sensación de que los dedos sarmentosos de la anciana guiaban sin tocar los de la aterrada morisca. Desde niña había oído hablar de aquella combinación de conocimientos médicos e intuición que hacían de Peregrina una sanadora especial. Una descarga de energía la recorrió, acelerando sus latidos.

La piel de Ana se tornó macilenta y fría. La criada Lúcia, con años de experiencia, introdujo las manos para protegerle los intestinos y la vejiga. Fátima extrajo a una niña,

que lloró débilmente. La morisca susurró una oración y, con lágrimas en los ojos, se la entregó a Isabel, la otra criada, de dieciséis años.

Peregrina, con gesto adusto, señalaba la herida y explicaba cómo coser la pared del útero. Al final aplicaron el cloruro de mercurio en emplasto para desinfectar.

—¿Respira? —demandó Peregrina con cierta ansia.

Irene, tensa, se inclinó sobre su rostro.

—¡Sí!

La anciana cerró los ojos, agotada. Las criadas cuchicheaban llenas de admiración.

—Si supera el derrame y la sepsis, quedará herniada para siempre... pero vivirá.

La cuestión que ninguna formuló era si su vida valdría la pena.

Durante una eternidad fueron secando la sangre, pero Ana, a pesar de la desnutrición, era fuerte y resistía. Peregrina se acercó y le palpó el cuello.

—Tristán, ácala a la cama. Cuando despierte debe permanecer inmóvil durante varios días. Dadle el eléboro en tisanas, pero no superéis la dosis o la mataréis.

La criatura seguía llorando. Isabel lavó las manos teñidas de rojo de las dos protagonistas con la reverencia de un acólito, e Irene, temblando de emoción, supo que había presenciado un milagro. Su padre la había enviado a Barcelona para alejarla de aquel ambiente de enfermedad y muerte, pero esa noche quedó unida al destino de En Sorell por un vínculo de sangre y sudor que jamás podría quebrar.

Frente a ella Tristán, sin pronunciar palabra, estaba pálido e impresionado. Ambos se miraron, compartiendo aquel momento intenso que jamás olvidarían. Sin poder evitarlo, Irene se echó a llorar y besó la frente de Ana, que se aferraba a la vida con ansia. Mientras, Llúcia, la criada, abrió la sucia camisa de la muchacha.